

**Presentación de mi libro**  
***Teoría del Conocimiento Clásica***  
**y**  
***Epistemología Wittgensteiniana***

Estoy seguro de que, siendo yo el autor del libro que esta noche presentamos – y dados los temores que naturalmente me acosan ante la inminente avalancha de despiadadas críticas de las que muy probablemente será objeto – se me permitirá, a manera de introducción, hacer una sencilla apología de mi propio trabajo, al modo como todo mundo entiende y acepta los elogios que cualquier bienaventurada madre emite respecto a su recién nacido, por normal o por anormal que sea el producto. Después de todo, es comprensible y legítimo sentirse orgulloso de lo que se es capaz de hacer, cada quien de sus respectivas creaciones, broten ellas del vientre o de la cabeza. Ahora bien, sin duda como en muchas otras áreas de la cultura escrita, en filosofía es factible producir libros de muy variada índole. A mí me gustaría pensar que el libro que hoy presentamos comparte rasgos de lo que podríamos considerar que son diversos “estilos filosóficos”. Así, este trabajo incluye consideraciones pertenecientes a la historia de las ideas, algunos ejercicios filosóficos sugerentes, discusiones de tesis filosóficas concretas y, lo que para mí fue lo más valioso y estimulante, una quizá un tanto breve reconstrucción de las más conspicuas líneas de pensamiento y argumentación que hallamos en las reflexiones sobre cuestiones de teoría del conocimiento que Wittgenstein nos legó y alrededor de las cuales se centra mi libro. Me refiero, naturalmente, al extraordinario libro *Sobre la Certeza*. Y ahora es acerca de este gran texto de Wittgenstein que quisiera decir unas cuantas palabras.

Decididamente, *On Certainty* es un libro filosóficamente excitante, en parte por ser un libro filosóficamente provocador y beligerante. Se trata de un libro en el que, quizá más o mejor que en ningún otro, el pensamiento de Wittgenstein se desarrolla de manera a la vez prístina y contundente. Sencillamente no es posible no ver desde el principio en qué dirección se mueve, qué objetivos persigue y como los alcanza. Porque quiero sostener que en *Sobre la Certeza*, y quizá de manera más brillante que en ninguna otra de sus obras, Wittgenstein obtiene lo que se propone: el desmantelamiento de una venerable problemática filosófica, viz., el problema del escepticismo. Regresaré sobre este asunto más abajo, pero ahora quisiera decir unas cuantas palabras respecto a mis motivaciones y mi enfoque del material.

El libro de Wittgenstein es un libro acerca del cual se pueden escribir muchos otros. Ahora bien, muy pronto me percaté de que para aprovechar al máximo los resultados wittgensteinianos en teoría del conocimiento (área de la filosofía que él

tanto ayudara a renovar) era inevitable hacer un largo recorrido por otros dominios. Era no obstante imposible, por razones evidentes de suyo, hacer un recorrido *in extenso* por todos los paisajes que se contemplan en la teoría del conocimiento y 10 más probable es que ni siquiera estuviera yo capacitado para ello. Era, pues, imprescindible acotar temas, elegir autores. Espero no haber errado demasiado en mis “selecciones”. En todo caso, desde la concepción y el inicio de la redacción me quedó claro que la idea de contraste era una idea que en esta ocasión era obligado aprovechar. De ahí la división del libro en dos partes. Me propuse, en efecto, marcar la diferencia entre la especulación filosófica tradicional, que brota de incomprendiones y desemboca en callejones sin salida, y la investigación gramatical, que cuestiona los fundamentos de los dizque problemas y paulatinamente los disuelve. Para ello, naturalmente, hube de asirme de la fundamental “intuición” wittgensteiniana de que los problemas filosóficos, los de la teoría del conocimiento incluidos, no son genuinos problemas sino que son embrollos intelectuales, enredos, nudos conceptuales. Es esta idea la que le da unidad y orientación a la exposición completa del libro. Es de desear que ello sea fácilmente discernible hasta para el más distraído o el menos benevolente de los lectores.

Hay dos cosas que quiero puntualizar en relación con la idea de que no hay problemas en filosofía. En primer lugar, que no se trata de un mero *slogan*, de un cliché más o menos impactante u original, de una frasecita hecha para llamar la atención de nuestros interlocutores, sino de una intuición que acarrea consigo directivas de acción intelectual ineludibles. Darle el *status* de locución de empleo fácil es precisamente la mejor manera de neutralizarla. Dicha idea más bien tiene que **demostrarse** y esto quiere decir que es compromiso de quien la hace suya hacer ver que cada problema filosófico al que se enfrente es en verdad el resultado de alguna compleja confusión. Y justamente esto es, en segundo lugar, 10 que aquí se trató de hacer en relación con una peculiar problemática propia de la teoría del conocimiento, un cierto enredo que asoma su horrible cabeza en todas partes, generando una y otra vez cortos circuitos conceptuales. Me refiero al problema general del escepticismo, problema que ha envenenado a la mente humana desde que por primera vez, en tiempos de los sofistas, se planteara.

Como todos sabemos, la idea de (por así decido) la irrealidad de los problemas filosóficos tiene su primera formulación clásica en el *Tractatus Logico-Philosophicus*. Sin embargo, si hay un libro en el que la teoría del conocimiento es tratada con desdén es precisamente el *Tractatus*. En él, la teoría del conocimiento no pasa de ser mera “filosofía de la psicología”, esto es, el estudio de los procesos psicológicos relacionados con el aprendizaje y la asimilación y expansión del conocimiento. En otras palabras, no se le concede a la teoría del conocimiento ningún otro *status* que el de una disciplina empírica. No tiene, por 10 tanto, la pureza que exige la meditación filosófica. En 10 que al escepticismo concierne, éste es severa pero críticamente castigado por Wittgenstein para quien no pasa de

constituirse en sinsentidos, pues pretende decir lo que no se puede decir. Coherente pero desafortunadamente, Wittgenstein no abunda en el tema, lo cual es por otra parte comprensible. En todo caso, es innegable que la idea básica respecto al escepticismo filosófico, a saber, que pretende poner en palabras lo que no puede expresarse, ya estaba presente. El problema era que dicha idea requería de un nuevo vocabulario filosófico y de un nuevo arsenal de estrategias de tratamiento para poder, por así decirlo, realmente florecer y poder ser usada de manera efectiva en el combate anti-filosófico. Esto es lo que habría de lograrse con el pensamiento del Wittgenstein *post-Tractatus*, es decir, con el Wittgenstein de la madurez.

La idea motriz en el *Tractatus* en relación con el escepticismo es, obviamente, que la posición escéptica peca en contra de las reglas de la sintaxis lógica. No hay un retrato posible que me diga que no hay retratos. No hay representación lingüística en la que se excluyan los elementos que el lenguaje presupone. Las proposiciones y las expresiones de dudas escépticas no son, por lo tanto, retratos de hechos; pero tampoco son reglas de lógica. Representan más bien un esfuerzo por rebasar los límites de la significatividad, esfuerzo fallido por razones de carácter básicamente formal, sintáctico. En la segunda filosofía, en cambio, la justificación del rechazo ya no es tan simple. Para el nuevo Wittgenstein el conflicto es de orden “gramatical”, en su bien conocido sentido de gramática en profundidad. En esta nueva etapa, de lo que se trata es de rastrear los puntos de conflicto entre aseveraciones filosóficas como las del escéptico y las reglas de uso, reglas no escritas pero necesariamente conocidas por todo hablante. Ejemplos de tesis escépticas son: “No es posible saber si otros tienen dolores como yo cuando algo me duele”, “No hay manera de demostrar que el pasado es real, puesto que todo se verifica en el presente”, “No se puede demostrar que la vida no es un sueño, puesto que no hay diferencias entre percepciones de vigilia y percepciones oníricas”, etc. Algo de esta ardua pero apasionante labor intenté llevar al cabo en este a final de cuentas bastante sencillo trabajo.

Supongo que me sucede a mí lo mismo que a muchos otros, a saber, que hay partes de nuestros respectivos libros que nos parecen mejor acabadas que otras. No deseo ocultar mis preferencias. En lo que a la primera parte atañe, de lo que más estoy satisfecho es probablemente de mi discusión de los contra-argumentos de tipo Gettier a la definición clásica de la verdad. Reconozco públicamente que logré convencerme a mí mismo. Creo que esa es la clase de labor que hay que desarrollar en filosofía. Asimismo, me complace haber revalorado, aunque sea un poquito, la filosofía de G. E. Moore, prácticamente tan desconocido en español como olvidado en inglés. Su situación me parece una injusticia histórica y filosófica que, pienso, es menester coadyuvar a resanar. Pero sin duda alguna para mí la gran experiencia filosófica fue la de haber leído y releído el último gran texto de Wittgenstein. Espero que mi reconstrucción efectivamente le dé al lector una idea de por qué se trata en verdad de un formidable libro.

Una consecuencia importante de *Sobre la Certeza* es, me parece, que la teoría del conocimiento se transmutó. Sostengo que no se puede seguir haciendo teoría del conocimiento al modo como se hacía antes de *Sobre la Certeza*. Replantear en los mismos términos, con las mismas tácticas filosóficas, los mismos enigmas de antaño es algo que, como gustan de decir los perspicaces políticos de nuestros tiempos, “no se vale”. Desde luego que el engendro del escepticismo puede resucitar, pero si quiere hacerlo de modo que constituya un verdadero acicate para la reflexión filosófica seria tiene que hacerlo de una manera novedosa, esto es, de manera que escape al inmisericorde ataque wittgensteiniano. Me apena pero he de decir que si los perseverantes partidarios de las confusiones y las incomprensiones aspiran a volver a levantar la cabeza tendrán que esforzarse un poco y venir con nuevos productos, pues de lo contrario sus creaciones, válgaseme la contradicción, nacerán muertas. De esa magnitud es la aportación de Wittgenstein: fijó lo que se puede hacer y lo que no se puede hacer, inclusive en el dominio de lo que no se puede ni decir ni pensar.

Una de las ilusiones de terminar un libro es la de dejar descansar un tema. Confieso que yo ya no tengo semejante ilusión. El pensamiento de Wittgenstein me parece un océano tan grande, un espacio de dimensiones tan colosales que sé que nunca podré atravesarlo de un extremo a otro. Espero desde luego no ahogarme a la mitad del camino, pero por lo pronto sé que hay todavía muchos panoramas, muchos paisajes, muchos caminos que recorrer. El *Tractatus*, por ejemplo, me parece un libro cada vez más bello y más profundo; la estética de Wittgenstein, por fragmentaria que sea, me resulta cada vez más apasionante; y así con las demás obras de Wittgenstein. Si mi libro tiene alguna utilidad creo que ella se deriva, directa o indirectamente, de lo poco que he logrado aprender de aquel gran hombre. Wittgenstein, huelga decirlo, no tiene una teoría del conocimiento, en el sentido convencional de la expresión. Lo que él ofrece son elucidaciones gramaticales de conceptos epistemológicos. Pero de sus observaciones, a la manera de un gran telón que se levanta, poco a poco se vislumbra el apacible y nítido paisaje de nuestro sistema conceptual epistemológico, iluminado por el radiante sol de la nueva técnica que ese Prometeo filosófico que fue Ludwig Wittgenstein forjó para todos nosotros.